SUUM CUIQUE: LA EXPERIENCIA ALDEANA Y EL BUCOLISMO DIECIOCHESCO

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA
The Ohio State University

En la literatura española del siglo XVIII se da la presencia simultánea de obras que ofrecen visiones muy diversas del campo, desde las que lo idealizan hasta las que lo pintan de manera caricaturesca o peyorativa. Me ocuparé de estas últimas pues fueron escritas por los mismos que, desde la ciudad, hablan ensalzando la felicidad campestre. No obstante, cuando la necesidad les obligó a experimentar la realidad del vivir aldeano el tono de sus obras cambió radicalmente para reflejat su nueva perspectiva.

Como es sabido, la literatura bucólica trata de temas concernientes a los pastores o a la vida campestre, caracterizada por una simplicidad de costumbres y una pureza moral que contrastan con la corrrupción y las ansiedades atribuidas a la corte. Se considera a Teócrito, el poeta de Alejandría creador de esta literatura, quien situó en Sicilia el escenario de sus *Idilios*. Seguidor suyo fue Virgilio varias de cuyas *Bucólicas* tenían por escenario Arcadia, una zona aislada y primitiva del Peloponeso central, que describió llena de arroyos, de grutas y de bosques. Su contemporáneo Horacio, el cantor de la vida retirada, idealizó la vida del campo en sus *Odas* en tanto que sus *Sátiras* y sus *Epístolas* ofrecían una visión realista. Ejemplo de las últimas sería la famosa Sátira I,v, que refiere un viaje desde Roma a Brindisi durante el cual las ranas, los mosquitos y las voces de los esclavos molestan al poeta, un barquero borracho interrumpe la navegación y las posadas del camino dejan mucho que desear. Este Horacio realista sería en Italia el modelo de los «capitoli» en *terza rima* renacentistas, género de larga vida luego.[1] No parece que las *Sátiras* y las *Epístolas* alcanzaran desarro-

1. El «capitolo» es una sátira en tono menor situada entre la idealización de los sonetos petrarquescos y la sátira académica inspirada en Propercio y en Persio.

llo semejante en España aun cuando lo mismo Virgilio que Horacio tuvieron aquí numerosos traductores e i mitadores, y en especial durante el Renacimiento y el período neoclásico.[2]

Nuestros autores dieciochescos trataron de manera diversa el viejo tema de la ciudad frente al campo.[3] Los horacianos suspiraban por las virtudes y el sosiego del retiro aldeano y los anacreónticos dibujaban una naturaleza rococó embellecida por la mano del hombre. Nostálgicos otros de una vida simple y descuidada describieron con entusiasmo los prosaicos goces de ordeñar las vacas, cuidar del huerto o pasar las noches del invierno en alegre tertulia. Pero Francisco Gregorio de Salas, Torres Villarroel o Cadalso no glosaron el vivir de los campesinos sino sus propias experiencias de señores acomodados en días de holganza.

Algunos, como Iriarte en «La felicidad de la vida del campo», exaltan el valor de los trabajos agrícolas o, como Meléndez Valdés en «El filósofo en el campo» contraponen los abnegados labradores a los inútiles cortesanos. El bucolismo ha cedido ahora a realidades de la vida campestre como el trabajo mal remunerado, el absentismo de los propietarios, la tiranía del mayordomo y los tributos excesivos.

Al enumerar los diferentes tipos de viajes por España en tiempos de la Ilustración, omitió Gaspar Gómez de la Serna[4] los emprendidos a lugares primitivos y remotos, y contra su deseo, por funcionarios y militares de servicio o por quienes salían desterrados de la corte.

Este contacto directo con tierras y con gentes apenas conocidas, e idealizadas antes, provoca un desencanto que refleja satíricamente Samaniego en su fábula de «El ciudadano pastor»: un joven enamorado de la naturaleza a través de su lectura de los cásicos, marcha al campo a vivir sus sueños vestido de pastor. Allí encuentra un rabadán que le amenaza con un «fiero garrote» y luego una moza que al oírse llamar «Nise» le despide a bufidos, y el fabulista riojano concluye con ironía:

> Yo siento a par del alma
> que no se detuviese
> a disfrutar un poco
> de la vida campestre.
> Por mi fe, que las migas,
> el pastoral albergue,

2. *Cf.* Menéndez PELAYO, *Horacio en España*, Madrid, Medina, 1877.
3. *Cf.* Joaquín ARCE, *La poesía del siglo ilustrado*, Madrid, Alhambra, 1980.
4. «Los viajeros de la Ilustración», *RABM*, LXIII, 2 (1957), pp. 569-592.

el rigor del verano,
los hielos y las nieves,
le hubieran parsuadido
mucho más vivamente.[5]

Desterrado a Portugal entre 1732 y 1734 describía Tores Villarroel con desenfado en un soneto su vida indolente y tranquila:

Al fuego de un hogar estoy tendido,
dando dos higas al invierno crudo,
.....
Sobre un fuerte varal tengo extendido
de un pesado lechón el gran menudo
donde a las horas de mi gana acudo,
gustoso, alegre, sano y comedido.
Euclides, mi guitarra y el tintero
y el monte alguna vez, son mi cuidado;
.....
si esto es vivir ausente y prisionero,
góceme yo mil años desterrado.

Sin embargo, el vagar de un lugar a otro y el confinamiento en Amarante alteraron totalmente esta visión, según otro soneto al que pertenecen estos versos:

A un acebuche tosco está arrimado
(sombra triste no más de lo que ha sido)
mi débil cuerpo, flaco y aterido,
de sus pies y sus culpas arrastrado.
.....
Tal cual vez salgo (anatomía andante)
a llorar mis desgracias o mi yerro
al rústico poblado de Amarante.[6]

También anduvo Eugenio Gerardo Lobo por pueblos y descampados y dejó cumplida relación de sus experiencias en las epístolas en verso que enviaba. Destaco el romance «A un amigo dándole cuenta de un alojamiento», escrito en el lugar de Calera, unas «Décimas» a fray Josef Hebrera, desde el acuartelamiento de Berlanga, y las conocidas quintillas «A don Luis de Narváez» desde Bodonal y Elechosa.[7] Además de un estilo que muestra la predi-

5. Leopoldo AUGUSTO DE CUETO, *Poetas líricos del siglo XVIII*. *BAE*, 61, «Fábula XVI», pp. 391-392.

6. XXVII. «Responde a una dama que le envió a preguntar que hacia en su destierro» y XXVIII. «Escribe desde Amarante, lugar de Portugal, la miseria que padece en su destierro». *BAE*, 61, p. 57.

7. *BAE*, 6, pp. 37, 40-41 y 42-43.

lección por los maestros del Barroco, comparten estas obras el tono burlesco, la intención satírica y varios elementos temáticos. El narrador es aquí víctima del tedio, del hambre o de la barbarie circundante pues el campo no es como decían los clásicos. Muy al contrario, Calera es «lugar que entre unas carrascas / escondió Naturaleza» y describe Bodonal y Elechosa, «entre quemadas encinas, / vi unas casas como ruinas, / que hicieran catorce en todo, / pegadas a un cerro, a modo / de nido de golondrinas», cuyos habitantes son pocos y con aspecto rústico. Los alojamientos son ruines, los muebles están desvencijados y ni los piojos, «vivos átomos saltantes» ni los mosquitos, le dejan dormir. El calor es agobiante, el campo está desértico y solitario. En fin, la comida es escasa y mala y el poeta se queja de la falta de vino, de la calidad del agua, del pan, del chocolate y de los huevos «empollados». Lobo asegura que este ambiente afecta a los hombres y por eso en Berlanga «como son de tosca y dura / calidad los alimentos, / también los entendimientos / se han convertido en grosura».

Este autor inspiró a otros que se vieron en parecidas circunstancias como el marqués de Casa-Cagigal, quien desde la provincia de Santander envió unas décimas a un amigo para describir su tierra natal.[8] El romance describe a los montañeses como gente zafia, ignorante y sucia a la vez que satiriza su pobreza y sus afanes nobiliarios.

Cadalso, por su parte, invitaba en cierta ocasión a una señora a visitar un pueblo de Aragón descrito en una silva como una Arcadia, adornada «de tantos cefirillos, / de tantas aguas claras y ligeras, / de aquellos arbolillos, / de las aves sonoras placenteras» y en otra, muy conocida, en la que comparaba los afanes y trabajos de los hombres para conseguir gloria y riquezas, pintaba un cuadro entusiasta del invierno aldeano:

> Pero acá lo pasamos
> junto al rincón del fuego
> asando unas castañas,
> ardiendo un tronco entero,
> hablando de las viñas,
> contando alegres cuentos,
> bebiendo grandes copas,
> comiendo buenos quesos...[9]

8. «Descripción poética del viaje que hizo a la Montaña el Excmo. Sr. Dn. Fernando de Cagigal, Marqués de Casa-Cagigal y Teniente Coronel de los Rs. Ejércitos, siendo subalterno en el lugar de Hoz de Anero en la provincia de Trasmiera a 4 de noviembre de 1775». Ms. autógrafo. Biblioteca Menéndez Pelayo, Santander.

9. *BAE*, 61. «A Augusta, matrona que inclinada a la filosofía, empieza a fastidiarse en la Corte», pp. 259-261 y «Unos pasan, amigo...», p. 273.

Pero en octubre de 1774 tuvo que dejar Salamanca y la compañía de los poetas para ir con su regimiento a Extremadura, destino «el más infeliz que he tenido en la vida». La correspondencia refleja su creciente desencanto con la vida militar, la añoranza por sus amigos de la corte y la áspera realidad del campo. Se lamenta con José de Iglesias de «la mala disposición de los correos» y ruega que le escriban pues «la conversación de Vmds. disispará sin duda el tedio que inspira este lugar» [*Epistolario*. Carta de 6. Nov. 1774].[10] Poco después, en carta a Iriarte dice, «es tal el tedio que inspira este pueblo, que ni aun para escribir tengo gusto», su vida es «indolente, floja, insípida» y se siente «más solitario que en la Tebaida» [*Epistolario*. Carta de 11. Nov. 1774].

Sin embargo, ninguna de estas epístolas iguala a otra feroz remitida a Iriarte, en alguna ocasión en que la melancolía dio lugar a la vena satírica. Aquí fingía leer en una *Gaceta* publicada en el planeta Saturno una descripción de Montijo, donde estaba de guarnición, que decía así:

> En un globulillo compuesto de sólido y líquido que anda dando vueltas alrededor del grande y único luminar, hay una pequeña parte llamada Europa, habitada de unos bichillos sumamente despreciables que se llaman hombres. Una porción de la tal Europa, casi inculta y despoblada, se llama España. De la tal España una provincia se llama *Extremadura*, síncope de *extremadamente dura*, nombre que le conviene perfectamente por su suelo, clima y carácter de sus habitantes, famosos por haber aniquilado muchos millones de semejantes suyos en otra parte de tal globulillo llamada América. En dicha Extremadura o Extremadamentedura hay un montón de chozas medio caídas con nombre de Montijo. En el Montijo hay unos animales de dos pies, sin pluma, que llaman hombres, porque en lo exterior se parecen algo a los hombres de otras partes.

Siguen las sólitas quejas sobre el mal dormir y el mal comer, el despertar con la desagradable «música» de rebuznos, martillazos del herrador, chillidos de niño y cantos del gallo. El día se pasa en bostezos hasta que todos marchan «a comer cada uno su puchero en su mesa, al mismo tiempo que cada caballo come su pienso en su pesebre» [*Epistolario*, 6. Nov. 1774].

En situación parecida se halló Antonio Muñoz, quien huyendo de sus enemigos, tuvo que refugiarse en un pueblo de Salamanca.[11] *Morir viviendo en la aldea* es un relato de las experiencias, todas negativas, que tuvo durante su exilio. También se queja de las comidas, de la suciedad de los niños, de la grosería de los ricos y del aburrimiento constante. Al describir una fiesta aldeana califica la música que hubo en ella de «crueles gritos... destempladas voces... gran ruido

10. *Escritos autobiográficos y Epistolario*. Prólogo, edición y notas de Nigel GLENDINNING Y Nicole HARRISON. Londres, Támesis Books, 1979.

11. *Morir viviendo en la aldea, y vivir muriendo en la Corte*, Madrid, en la imprenta de González, 1790.

de tambor y gaita» y le asquean la destemplanza en el comer y en el beber de los asistentes.

A mi parecer, estos ejemplos ilustran cómo junto a una corriente idealizadora del campo hay otra que lo presenta bajo sus aspectos más negativos. La visión arcádica es una convención cada vez más vacía de sentido y más gastada, ya en camino de desparecer o de ser objeto de la paradoja.

Sin embargo, aunque las quejas de estos españoles del siglo XVIII responden a una situación real, están dentro de una tradición literaria que, como vimos, comenzaría con Horacio. En nuestras letras podríamos recordar las «serranillas» del Arcipreste, a los cómicos rústicos de Juan del Encina o las experiencias que tuvo Berganza de un mundo pastoril picaresco en el *Coloquio de los perros*.

Como advierte Noel Salomón,[12] tanto en España como en el resto de Europa hubo desde la Edad Media una tradición aristocrática de irónico desprecio por el campesino, reflejada en la literatura y en el folklore. Éste no era un personaje cómico por sí mismo pero desde el punto de vista de las clases dominantes su rusticidad equivalía ahora a una grosería, ignorancia y falta de seso que hacían reír. Resultaba además una contrafigura de los pastores delicados y sentimentales propios de la literatura bucólica.

En los escritos de estos dieciochescos a los que me refería hay ecos literarios del Ovidio de las *Tristes* y de las *Pónticas* y, unas veces de bromas y otras de veras, Gerardo Lobo en las «Décimas» se firma «El Desterrado», Casa-Cagigal se compara a «un hurón ermitaño» y Cadalso asegura que vive «más solitario que en la Tebaida». En principio, estas quejas van dirigidas a unos amigos cortesanos que son miembros de las clases rectoras. Sirven para divertirlos y para que compadezcan y mantengan vivo el recuerdo de quienes las escriben. Con este fin, el narrador se presenta como protagonista involuntario de una situación y de unos episodios que exageran hasta la caricatura para aumentar el efecto cómico.

Como era de esperar, los aldeanos están vistos aquí de modo tradicionalmente derogatorio como gente bárbara y sin seso, deshumanizada al nivel de animales o de objetos. La sátira es aún más despiadada con las mujeres, en cuya descripción entra además la misoginia. A partir de las serranas del Arcipreste, y pasando por las gallegas de Góngora —«mozas rollizas de anchos culiseos, / tetas de vacas, / piernas de correos»—,[13] la «ninfa» de Samaniego aparece recogiendo bellotas, da bufidos y se oculta «en las brañas del monte» como una fiera. Gerardo Lobo asegura que confundió a una aldeana en los montes de Toledo

12. *Recherches sur le thème paysan dans la comedia au temps de Lope de Vega*, Bordeaux, Institut d'études ibériques et ibero-americaines de l'université de Bordeaux, 1965.

13. *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 6ª ed., 1967, «Soneto XLI», atribuido a Góngora, p. 541.

con un jabalí, y con exageración quevedesca, comienza así la descripción de su patrona en Elechosa:

> Trae por frente una sartén
> cuyo rabo es la nariz.
> Sus ojos (¡cosa infeliz!)
> por niñas tienen dos viejos,
> se descuelgan rapacejos
> de la boca a las pechugas,
> y entre el vello y las arrugas
> se pueden cazar conejos.

Por su parte, Casa-Cagigal pintó a las montañesas descalzas y harapientas y el autor de *Morir viviendo en la aldea* creyó que dos mozas salmantinas eran «dos lobos».

Además, todos tenían presentes las andanzas de Cervantes por las ventas y los caminos de España y más de un autor llamó *maritornes*, con minúscula, a las mozas de los mesones. A decir verdad, la situación había cambiado muy poco desde los tiempos del *Quijote* según el testimonio de Jovellanos, de Antonio Ponz, del marqués de Valdeflores, de Iriarte y de tantos otros viajeros.

En fin, la reacción contra el mundo bucólico de estos autores del XVIII, además de continuar la tradición antialdeana española fue modelo inmediato de los costumbristas decimonónicos, la mayoría de los cuales se complacieron en presentar de modo paternalista y despectivo a la gente del campo y en describir peyorativamente sus usos y sus costumbres.